

## UNA CARTA QUE ENTRISTECE

En pleno tiempo pascual -tiempo que debería caracterizarse siempre y bajo todos sus aspectos por la alegría desbordante- ha llegado a la redacción de *Liturgia y Espiritualidad* un escrito que no se sitúa precisamente en el contexto del gozo pascual. El escrito nos ha entristecido profundamente. Se trata de la carta procedente de una familia religiosa que nos ha apenado más por lo que supone que por lo que en ella se dice. El escrito, en efecto, por lo menos tal como está redactado, trasluce un gran desconocimiento -desprecio incluso- de algo que constituye una de las que podrían llamarse facetas más expresivas del ser esponsal de la Iglesia, cuyo amor a Jesucristo se manifiesta -como con todos los gestos de los amantes- a través de modos y de detalles pequeños en sí mismos pero grandes por su significatividad.

La carta se refiere a las respuestas que reciben unas religiosas que se habían interesado por unos detalles de la celebración del Oficio. El contenido de estas respuestas es en sí mismo pequeño. Pero lo que se trasluce en estas respuestas ya no lo es tanto. Sobre todo si miramos la Iglesia bajo el prisma espiritual de Esposa de Cristo, cuyo centro es el amor al Señor en sí mismo, en los fieles, como miembros de su Cuerpo, e incluso en lo que se refiere a la dilección a los demás hombres, sean o no cristianos, como seres adquiridos por su sangre preciosa derramada por la salvación de todos. Las respuestas evidencian además un gran desconocimiento de lo que es la voz de la Iglesia en oración. Aquella voz de súplica y alabanza que San Agustín tanto se complacía en ver como fundida en la voz misma de Jesucristo. Aquella voz, cuyos acentos de amor al Padre superan infinitamente a las plegarias que dirigen a Dios todos los humanos, por santos que éstos sean. Voz y oración que, al decir a las recurrentes *que recen como quieran* se confunde con la simple oración personal como si ésta fuera lo mismo que la plegaria de la Iglesia.

Pero vengamos a nuestro escrito. Este proviene de una Congregación religiosa, no de una simple comunidad aislada, formada de miembros de diversas naciones y con sus superiores mayores, que recurre a varias instancias eclesiales preguntando sobre diversos *pequeños* detalles de la celebración litúrgica, es decir, que se interesa por el cómo realizar mejor y más expresivamente algunos matices de su diálogo eclesial con el Señor. La referida Congregación religiosa desea hacer este diálogo eclesial más delicado, más expresivo, más significativo de la voz de la Esposa de Cristo a través de unos *pequeños detalles* sobre los que pregunta porque desea realizar la celebración con la mayor expresividad posible. Ahora bien: las varias instancias consultadas responden unas que eso son simples rúbricas y que *las rúbricas nada valen o dicen*, otras que *recen como quieran*, unas terceras que fijarse en estos detalles es *convertir la liturgia en meras rúbricas y ceremonias*.

Ciertamente los pequeños detalles externos de la celebración no son el centro de la liturgia. Ni deben verse como si ellos fueran lo más importante de la misma, como desgraciadamente aconteció en épocas no muy lejanas en las que liturgia era sinónimo de ceremonias. Pero de aquí a concluir que *las rúbricas nada valen o dicen* hay un abismo. Si las acciones externas de la liturgia *nada valen o nada dicen* mal parados resultan los esfuerzos del Vaticano II en todas sus determinaciones de renovación de los rituales. Y mal parado queda también el ingente trabajo de las diversas comisiones postconciliares que consagraron meses y años en preparar unos ritos (unas rúbricas) más expresivos para las diversas celebraciones. Porque no puede olvidarse que la renovación litúrgica postconciliar no tocó -ni podía tocar- la substancia de las celebraciones -ésta depende del mismo Jesucristo autor de los sacramentos- sino únicamente sus modos expresivos, sus ritos, sus formas externas -sus *pequeños* detalles celebrativos si se quiere- que se reformaron para que resultaran más aptos para expresar el contenido inmutable de las cosas santas que contienen (Cf. v. gr. Sac. Conc. 72).

Si se juzga que los detalles externos de la celebración *nada valen o nada dicen* ¿no será que nuevamente se ha caído en un espiritualismo que desprecia el cuerpo y todo lo reduce al alma? ¿Dónde situar en este contexto la misma Encarnación del Verbo de Dios, realidad externa y visible de la salvación? ¿Qué lugar deberá darse a la esperanza de la resurrección de la carne, elemento sensible de la bienaventuranza plena, confesada cada domingo por la comunidad cristiana en el símbolo de su fe?

Si la reforma litúrgica, después de sus largas sesiones de estudio por parte de los peritos, bajó al detalle de añadir, por ejemplo, a las tradicionales antífonas de los salmos unas frases bíblicas o patrísticas -ésta es la cuestión concreta sobre la que se interesaban las religiosas- fue porque se pensó que ello, en determinadas circunstancias, podía iluminar mejor el sentido cristiano de los mismos. Decir, por tanto, que usar las citadas frases o cantar en su lugar la antífona son meras *rúbricas que nada valen o nada dicen* es situarse en contradicción flagrante con la intencionalidad de la reforma litúrgica.

Respuestas como éstas se podrían comparar a la del médico que, consultado por un enfermo sobre las anomalías de su pelo o de sus uñas respondiera, por ejemplo, que ello no tiene importancia y que dejara que el pelo desapareciera o que las uñas se resquebrajaran, porque era más relevante la salud del corazón o el equilibrio de su sistema nervioso. Es evidente que en la celebración hay aspectos mucho más importantes que los modos de proceder con las antífonas o las sentencias bíblicas; pero decir que estos detalles *nada valen o nada dicen* es no haber entendido que la liturgia cristiana es por su propia naturaleza, como la misma Iglesia, *visible y dotada de elementos invisibles* y que estos elementos visibles son necesarios para vivir lo invisible que se contiene en la celebración.

Más incluso: en cierta manera podemos afirmar que el fruto de la celebración depende en gran manera de cómo se realizan los detalles de la misma, pues es a través de estos signos externos como Dios se nos revela y nos concede participar en el culto en espíritu y en verdad. A la liturgia podría aplicarse lo que de la creación visible afirma el libro de la Sabiduría: *la magnitud y belleza de las creaturas (entiéndase de los gestos litúrgicos visibles realizados con esmero) descubren cuanto más grande es el que los creó (entiéndase la grandeza de la obra invisible de Dios realizada en la liturgia)* (Sab 13, 4-5). Decir que los gestos celebrativos *nada valen o nada dicen* es en el fondo destruir toda la economía sacramental y atentar incluso contra el plan de Dios que nos salva a través de la Encarnación visible de su Hijo continuada en los gestos sacramentales -por tanto también visibles- de la liturgia.

P. F.